



SUJECCIÓN SOCIAL Y SERVIDUMBRE MAQUÍNICA EN REDES SOCIALES

Social Subjection and Machinic Enslavement in Social Media

AUTORA

Malena Taboada
IIGG-UBA, FLACSO

Cómo citar este artículo:

Taboada, M. (2024). Sujeción social y servidumbre maquinaica en redes sociales.
Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea, 18, 157-177

Artículo

Recibido: 09/04/2023
Aprobado: 10/01/2024

RESUMEN

En las últimas décadas, los entornos digitales no sólo han pasado a formar parte de cada vez más ámbitos de nuestra vida cotidiana, sino que ellos mismos han cambiado profundamente. La Internet que muchos y muchas hemos navegado durante la década de 1990, caracterizada por una estructura de páginas *web* y navegación a través de *links*, ha dado lugar de manera acelerada a la proliferación de plataformas que concentran los contenidos y los administran. Entre ellas, las redes sociales se han transformado en los espacios privilegiados para conectarse con otras personas, enterarse de las últimas noticias o realizar compras. En el presente artículo propongo analizar las redes sociales a través de dos conceptos complementarios: servidumbre maquina y sujeción social. Propuestos por Deleuze y Guattari y profundizados, luego, por Maurizio Lazzarato, estos conceptos permiten dar cuenta de dos racionalidades complementarias que atraviesan los modos de gobierno contemporáneos. Una dirigida hacia los sujetos y las dimensiones significantes, y la otra hacia elementos a-significantes y pre-subjetivos, la servidumbre maquina y la sujeción social permiten dar cuenta de la complejidad que presentan las formas de control y gestión en redes sociales.

PALABRAS CLAVE: GUBERNAMENTALIDAD ALGORÍTMICA; PROCESOS DE SUBJETIVACIÓN; PLATAFORMAS DIGITALES.

ABSTRACT

In recent decades, digital environments have not only become part of more and more of the environment of our daily life, but they themselves have changed profoundly. The Internet that many of us have navigated during the 1990s, characterized by a structure of web pages and navigation through links, has rapidly given rise to the source of platforms that concentrate content and administrators. Among them, social networks have become privileged spaces to connect with others, find out the latest news and even make purchases. In this article I propose to analyze social networks through two complementary concepts: machinic enslavement and social subjection. Proposed by Deleuze and Guattari and later deepened by Maurizio Lazzarato, these concepts allow us to account for two complementary rationalities that cross contemporary modes of government. One directed towards the subjects and the significant dimensions, and the other towards elements of a pre-subjective and a-significant character, machinic enslavement and social subjection allow us to account for the complexity presented by the forms of control and management in social networks.

KEYWORDS: ALGORITHMIC GOVERNMENTALITY; SUBJECTIVATION PROCESSES; DIGITAL PLATFORMS.

INTRODUCCIÓN

La digitalización masiva es un proceso que se despliega de manera sostenida desde el surgimiento de la computadora personal hacia fines del siglo pasado. La utilización cotidiana de celulares, así como la conexión a Internet de cada vez más dispositivos electrónicos, expresa la naturalización de una transformación social, económica y epistemológica de dimensiones profundas. En este marco, el uso de redes sociales como plataformas de ocio, trabajo, socialización, comercio y búsqueda de información, entre otros, se ha vuelto una práctica extendida entre usuarios.

De acuerdo con los datos publicados por las agencias *We Are Social* y *Hootsuite*¹ en 2022, el número de usuarios de redes sociales escaló por sobre el 58% de la población total del mundo. Según el informe *Facebook*, con 2910 millones de usuarios, fue la red social más elegida. *YouTube* fue la segunda y su cantidad de usuarios crece dos veces más rápido que la de *Facebook*. En tercer lugar se encontraba *WhatsApp* con 2.000 millones de usuarios, y luego *Instagram*, con 85 millones.

En este contexto, una gran cantidad de estudios se han dedicado a abordar los problemas vinculados al impacto de las tecnologías digitales en la cultura, la política y los procesos de subjetivación. Al interior de los estudios sobre tecnologías digitales, se encuentran enfoques más cercanos a la filosofía de la técnica y la epistemología (Hacking, 2012; Hayles, 1999), a la arqueología de medios (Kittler, 1999; Huhtamo y Parikka, 2011; Parikka, 2021), a los estudios sobre nuevos medios (Galloway, 2006, 2012; Hui Kyong Chun, 2011; Väliaho, 2014), o, más específicamente, los estudios sobre software (Fuller, 2008; Manovich, 2012, 2013; Mackenzie, 2017; Kitchin y Dodge, 2011). También hay una gran cantidad de trabajos que se concentran en los aspectos económicos (Berardi, 2010; Berti, 2022; Castells, 1999; Sadin, 2017; Srnicek, 2018; Pasquinelli, 2009; Wark, 2019) políticos y culturales (Cheney-Lippold, 2011, 2017; Costa, 2017, 2021; D' O'dorico, 2020; Gendler, 2018; Goffey, 2008; Hallinan y Striphos, 2016; Bucher, 2018; Mackenzie, 2015; Rodríguez, 2012, 2018, 2019; Sacchi, 2019; Terranova, 2022; Umoja Noble, 2018; Van Dijk, 2019).

En relación con estos últimos, el presente artículo busca analizar el modo en que las redes sociales forman parte y expresan dos formas de gobierno complementarias que encuentran en el medio informático contemporáneo un espacio privilegiado. Se trata de las dinámicas de sujeción social y servidumbre maquínica trabajadas por Gilles Deleuze y Félix Guattari (Deleuze y Guattari, 2006; Guattari, 2017) y profundizadas por Maurizio Lazzarato (2013, 2015, 2017, 2019, 2020). En este sentido, en la primera parte me dedico a reconstruir estas nociones, sus especificidades

¹ <https://www.slideshare.net/DataReportal/digital-2022-global-overview-report-january-2022-v05>

e imbricaciones, entendiendo que se trata de conceptos que buscan describir procesos de gestión biopolítica (Foucault, 2012a, 2012b).

En la segunda parte analizo el modo en que la servidumbre maquínica toma, en el medio digital contemporáneo, la forma de la gubernamentalidad algorítmica. Este término elaborado por Antoinette Rouvroy y Thomas Berns (Rouvroy y Berns, 2009, 2016; Rouvroy, 2015; Rouvroy y Stiegler, 2016) permite abordar la dimensión informacional, asignificante y no representativa de la gestión social algorítmica. Sin embargo, estas formas de administración digital no son ajenas a los procesos de sujeción social sino que, por el contrario, ambos modos de gobierno operan de manera conjunta y complementaria. Es por ello que la tercera parte de este artículo se dedica al abordaje de las formas de subjetivación producidas por las redes sociales en tanto estabilizan y recodifican procesos de dispersión, reforzando de esta manera modelos empresariales neoliberales que interpelan al sujeto en términos éticos y políticos.

SUJECIÓN SOCIAL Y SERVIDUMBRE MAQUÍNICA

En *Signos y máquinas. El capitalismo y la producción de subjetividad* (2020) Maurizio Lazzarato retoma las nociones de sujeción social y servidumbre maquínica elaboradas por Deleuze y Guattari (Deleuze y Guattari, 2006; Guattari, 2017) y las pone a funcionar como aparato analítico para el estudio del capitalismo contemporáneo. Estos términos, a los que se había aproximado previamente en textos como *Videophylosophy* (2019), *Experimental Politics* (2017), *La fábrica del hombre endeudado* (2013) y *Gobernar a través de la deuda* (2015), le permiten al autor profundizar en lo que entiende son dos modos de gobierno complementarios. El primero se corresponde con las dinámicas propias de los dispositivos disciplinarios (Foucault 2006, 2012) que producen sujetos individualizados y configuran dualidades como las de varón/mujer, padre/hijo, profesor/alumno, entre muchas otras. Se trata, en líneas generales, de los supuestos teóricos que conformaron el par epistemológico sujeto/objeto y, en cuanto al análisis de la técnica, la relación protésica hombre/máquina. La servidumbre maquínica, por su parte, asume un descentramiento de la subjetividad que, según el autor, permite delimitar bases teóricas más ajustadas para el análisis de las transformaciones actuales en la economía, el trabajo, pero también los modos de subjetivación y de gobierno.

Sujeción social y servidumbre maquínica son un movimiento “doble y simultáneo” (Lazzarato, 2020: 13) del capital, en el que la asignación de subjetividades individuales distribuye roles diferenciados mientras aumenta de manera complementaria un maquinismo que las desterritorializa. En otras palabras, y siguiendo al autor, en la base de la producción de la persona nos encontramos con un dispositivo cuyo objeto no es la subjetividad y cuyas dinámicas no corresponden a la individualización. Los procesos de sujeción social reducen la multiplicidad existente a través de técnicas “que pasan por (y movilizan) la representación (política y de lenguaje), los saberes, las prácticas discursivas, visuales, etc., y producen ‘sujetos de derechos’, ‘sujetos políticos’ y sujetos a secas, ‘yoes’, individuos” (Lazzarato, 2015: 182). Si nos remitimos a las clases de Foucault (2012b) en las que analiza la emergencia de la figura del empresario de

sí, podríamos afirmar que tanto este como su devenir en tiempos de crisis, el hombre endeudado (Lazzarato, 2013), conforman dispositivos de sujeción social neoliberales.

Sin embargo, para Lazzarato la subjetividad también puede abordarse más allá de su dimensión humana. En este sentido, los dispositivos de servidumbre maquínica desterritorializan al individuo y enlazan elementos humanos y no humanos dando forma a la gubernamentalidad contemporánea. Esta se expresa como una composición maquínica que sintetiza de manera transitoria componentes de magnitudes heterogéneas, vinculando “fuerzas pre-personales, pre-cognitivas, pre-verbales (percepción, sensibilidad, afectos, deseos) y supra-personales (sistemas maquínicos, lingüísticos, sociales, mediáticos, económicos, etc.)” (Lazzarato, 2020: 29). Sin embargo, no se trata sólo de abordar la subjetividad más allá de su aspecto humano, sino también de ampliar la noción de vida. Es en cuanto a ésta que los análisis de Lazzarato también extienden la superficie biopolítica, al incorporar aquello que el autor entendió como vida a-orgánica (Lazzarato, 2006). Siguiendo a Sacchi, esto permite analizar y disputar el campo de “re-territorializaciones informáticas, telemáticas, cibernéticas, comunicacionales, bio-moleculares” (Sacchi, 2019: 662), en el marco de una redefinición de la vida fuertemente orientada por la noción de información.

Retomando el vínculo entre los conceptos de sujeción social y servidumbre maquínica, me interesa poner énfasis en la complementariedad entre las dos lógicas que propone Lazzarato (2020). Esto en cuanto a un análisis del capitalismo contemporáneo, pero en particular en relación a la dinámica que rige los entornos digitales y, más específicamente, las redes sociales. La servidumbre maquínica equipara una serie de flujos diversos, mientras que los procesos de sujeción social los re-territorializa estructurando una dinámica de doble faz que resulta especialmente productiva. Si bien los dispositivos de sujeción social sostienen la relación agente-instrumento, la servidumbre busca distenderla para dar lugar a concatenaciones maquínicas en las que el individuo “es hecho pedazos” (Lazzarato, 2020: 25). Los componentes de la subjetividad mencionados, como la inteligencia, los afectos o las funciones cognitivas, se dispersan y entran en relación directa con flujos informacionales de diferente índole, operación facilitada por el medio digital.

Ahora bien, no se trata sólo de dejar que emerjan nuevos componentes de la subjetividad e independizarlos del sujeto como instancia de totalización, sino también de otorgar capacidad de agencia a otros elementos que forman parte de los sistemas hombres-máquinas y que actúan a modo de focos de proto-enunciación y proto-subjetivación, incentivando, sugiriendo, solicitando y haciendo posible “ciertas acciones, pensamientos o afectos” (Lazzarato, 2020: 28). Dado que la servidumbre involucra siempre entidades ontológicamente ambiguas –que no se cristalizan en los polos objetivo o subjetivo–, y al estar la acción siempre situada al interior de una concatenación, las máquinas y los objetos son co-constitutivos de los procesos de subjetivación y enunciación.

Estos agentes funcionan en la forma de una acción sobre otra acción, ampliando la perspectiva foucaultiana hacia dimensiones no humanas, no discursivas y no representacionales.

Cuando Taina Bucher (2018) propone el término “vida algorítmica” se está refiriendo a este complejo entramado de deseos, afectos y relaciones que son intervenidos por tecnologías de modelado algorítmico. También Flavia Costa apunta en este sentido al referirse a una ampliación del campo de batalla biopolítico, o una biopolítica informacional (Costa, 2012; 2021). Los procesos de servidumbre maquínica apuntan así, a una dimensión “molecular, maquínica y supraindividual de la subjetividad”, y la hacen confluir con flujos de signos, máquinas, protocolos y diagramas que pierden su objetividad (Lazzarato, 2020: 28).

Desde los modos de gobierno ligados a la servidumbre maquínica, tal intervención supone que a la subjetividad humana deja de corresponderle un estatuto existencial privilegiado. El lenguaje y la representación también son desplazados de su lugar excepcional como vectores de subjetivación para dar lugar a la proliferación de múltiples semióticas y componentes no lingüísticos (Lazzarato, 2020: 65). En este sentido, Lazzarato retoma de Guattari (2017) la distinción entre codificaciones asemióticas naturales, semiologías significantes —entre las cuales se encuentran las semiologías simbólicas y las semióticas de la significación— y semióticas asignificantes. En el caso de las primeras, no hay distinción entre estratos materiales y simbólicos, por lo que forma y contenido son indisolubles, como puede observarse en las cadenas del código genético. Las otras dos suponen, por el contrario, la existencia de estratos de expresión autónomos.

Las semiologías simbólicas, a diferencia de las semióticas de la significación, se sustentan sobre una multiplicidad de estratos. Gestos, rituales, danzas, somatizaciones, ataques de llanto, son algunas de las formas que adquieren las semiologías simbólicas, en las que emisor y receptor resultan indiscernibles, al tiempo que “la palabra no aparece en primer plano, el mensaje no pasa por las cadenas lingüísticas, sino que atraviesa los cuerpos, los ruidos, las mímicas, las posturas, etc.” (Guattari, 2017: 208). Estas semiologías, por lo tanto, tienen una capacidad expresiva que, si bien se superponen y remiten las unas a las otras, no son traducidas y subsumidas por una, conservando su consistencia y evitando el surgimiento de un sistema que centralice y jerarquice estas materias.

La pluralidad de estratos expresivos propios de las semiologías simbólicas, sin embargo, se han visto subsumidas bajo las semiologías significantes, en las que la máquina semiótica sintetiza dicha pluralidad en dos estratos: “aquel en el que se formalizan los contenidos y aquel en el que se formaliza la expresión” (Guattari, 2017: 442). Las semiologías de la significación, entonces, estabilizan y subcodifican la pluralidad de semióticas simbólicas, instalando un régimen de representación a través del cual los signos se vuelven impotentes. Imponiendo un lenguaje que orienta “la producción económica y la producción de subjetividad” (Lazzarato, 2020: 71), esta operación implica un ejercicio político que aplica sumisiones y jerarquías que ponen en funcionamiento los dispositivos de sujeción social.

Ahora bien, los dispositivos de servidumbre maquínica, lejos de actuar a través de la limitación de los elementos expresivos —fuentes de nacimiento y activación de procesos de creación y subjetivación (Lazzarato, 2020: 65)— a las operaciones de representación propias de lo

humano, asumen, como mencionaba anteriormente, que estas capacidades se extienden por todo un entramado molecular heterogéneo. Esta perspectiva aleja a Lazzarato de posiciones como las de Paolo Virno (2008) que, de acuerdo con el autor, no dejan de sostener el lenguaje como elemento exclusivo de lo humano y ámbito por excelencia en el que se dirime la política.

Por el contrario, para el italiano, si bien la sujeción social, apoyándose sobre semiologías de la significación, constituye un polo fundamental de los dispositivos contemporáneos, el sujeto dotado de lenguaje y conciencia no es el único modo de subjetivación posible, por lo que la servidumbre maquina, ampliando los horizontes de intervención, opera a través de semióticas asignificantes que, a diferencia de las primeras, actúan directamente sobre las materialidades, sin la mediación de la conciencia y la representación.

Las semióticas asignificantes, en el contexto digital, poseen una función privilegiada. Retomando las reflexiones de Tiziana Terranova, la perspectiva informacional no se concentra en la comunicación entendida como intercambio de ideas o argumentos racionales, y vinculada a los significados y las representaciones (Terranova, 2022: 39). Por el contrario, la comunicación pasa a concebirse desde una perspectiva operacional, siendo la dimensión informacional un proceso de constitución material en la que los mensajes no se abordan en relación a su contenido sino a su circulación.

De este modo, los signos y las cosas, comprendidas como un enjambre de relaciones, se combinan, actúan y crean, abren la posibilidad de mutaciones ontológicas sin mediaciones, razón por la cual Lazzarato los llama 'signos-poder', retomando a Guattari. Según el francés, los signos actúan desterritorializando a modo de una "mutación alquímica" (Guattari, 2017: 504), capturando y activando afectos, percepciones, y diferentes elementos pre-individuales –que no se atribuyen a un sujeto, a un individuo o a un yo– para generar nuevas conjunciones. Se trata de signos que no significan, sino que desencadenan una acción o movimiento.

La transformación de diferentes aspectos de nuestra vida biológica y social en datos desterritorializados, así como la puesta en relación de estos últimos a través de diferentes operaciones algorítmicas en los contextos digitales, da cuenta de este carácter activo y productivo de los signos propio de una servidumbre maquina. Sin embargo, esta convive y es eficiente sólo en tanto se despliegan de manera paralela procesos de sujeción social que movilizan los elementos subjetivos a través dimensiones significantes y representativas que exaltan al yo individualizado. Nos encontramos así, con un espectro de intervención y administración de la vida que va desde la materialidad biológica hasta la superficie de lo social, y lo atraviesa tanto en sus dimensiones molares como moleculares. Es este último aspecto, el de la heterogeneidad de escalas, el que da cuenta de la operación específica de los modos de gestión biopolítica de la vida en la actualidad. En este marco, tal como señalan Barrionuevo y Torrano, "uno de los medios en los que se *agencian* la servidumbre y la sujeción son las redes sociales, cuya dinámica está teniendo cada vez más influencias en las formas políticas representativas establecidas" (2018, p. 43). En lo que sigue, desarrollaremos algunas de las maneras en que estos dispositivos adquieren su singularidad a partir del uso de este tipo de plataformas.

SERVIDUMBRE MAQUÍNICA EN REDES SOCIALES: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA GUBERNAMENTALIDAD ALGORÍTMICA

Lazzarato analiza la servidumbre maquínica como una racionalidad propia del capitalismo contemporáneo complementaria de las formas de sujeción social. En este apartado me interesa profundizar en las características que este modo de gobierno adquiere en contextos digitales contemporáneos, especialmente las plataformas digitales y, entre ellas, las redes sociales. Para ello, retomo la noción de gubernamentalidad algorítmica propuesta por Rouvroy y Berns (Rouvroy y Berns, 2009, 2016; Rouvroy, 2015; Rouvroy y Stiegler, 2016) en tanto permite abordar el problema de la servidumbre maquínica en el contexto informático actual.

La noción de gubernamentalidad algorítmica ha sido sumamente revisitada en los últimos años por distintos autores dedicados al análisis de las tecnologías digitales (Bellanova, 2017; Bruno y Rodríguez, 2021; Cooper, 2020; Costa, 2017; Gorriti, 2021; Henman, 2020; Shapiro, 2020; Rodríguez, 2019). A partir de ella, Rouvroy y Berns abordan las técnicas algorítmicas que se ponen en funcionamiento con la emergencia de cantidades masivas de datos, entendiéndolas como nuevas formas de modelizar lo social. Tal como la define Rouvroy la gubernamentalidad algorítmica constituye:

un modo de gobierno que se nutre esencialmente de datos en bruto, infrapersonales, y señales asignificativas pero cuantificables, que opera por configuración anticipatoria de posibilidades más que por regulación de conducta, y se dirige a los individuos solo a través de alertas que provocan reflejos más que apoyándose en sus capacidades de comprensión y voluntad (Rouvroy, 2015: 1).

Según Rouvroy y Berns (2016) con el uso de algoritmos automatizados la estadística ya no hace referencia a una hipótesis previa, no se delimitan con anterioridad los datos a ser buscados ni se busca forzar un modelo deseado sobre la multiplicidad que se busca gestionar. Por el contrario, la gubernamentalidad algorítmica hace alusión al modo en que las relaciones de poder se articulan en torno a cierta regularidad propia de los fenómenos sociales, una normatividad que sería inmanente a los mismos, con el objetivo de predecir y regular su devenir futuro. Esta transformación, efecto de lo que Rouvroy (Rouvroy y Stiegler, 2016) comprende como un “giro digital”, implica un cambio en el modo de concebir la norma y la forma en que se produce la obediencia. Los procesos de gobierno algorítmico no se organizan en torno a una media, convención, hipótesis o finalidad. Por el contrario, lo que presenciamos es una recolección permanente de datos independiente de cualquier hipótesis o especulación con respecto al interés que puedan eventualmente suscitar.

Las normas, por su parte, emergen a partir de la detección de patrones que se consideran como “emanaciones casi espontáneas de estos datos” (Rouvroy y Berns, 2009). De este modo, lo real se propone como una instancia neutral que se desprende de los vaivenes que los

dispositivos capturan y que genera formas de normalización en los cuales no parecieran interfieren elementos subjetivos. Para dar cuenta de este desplazamiento en el modo de concebir la estadística y la norma, Rouvroy y Berns (2016) organizan el funcionamiento de la gubernamentalidad algorítmica en tres “momentos”. El primero se corresponde con lo que se suele denominar “data-vigilancia”, la recolección y almacenamiento de datos que se produce de manera masiva y sin previa selección. La masividad de estos datos se vincula con el perfeccionamiento de los artefactos digitales y la consiguiente multiplicación de las posibilidades de extracción y procesamiento de los mismos. Los datos no se desprenden de manera natural de lo social, sino que deben desplegarse una serie de dispositivos que no sólo permitan su recolección en términos técnicos, sino que también inciten su producción.

En la actualidad, el simple hecho de sostener un celular supone la transmisión de datos sobre nuestra locación, así como en muchos casos nuestras expresiones faciales pasan a transformarse en datos que hacen referencia a emociones, comportamientos o disposiciones para posteriormente ser analizados. Incluso la inacción se convierte en dato: tanto caminar como no hacerlo, apretar el botón “me gusta” en una publicidad o no hacerlo, todo forma parte de un proceso de monitoreo y vigilancia constantes. Al mismo tiempo, se ofrecen nuevas comodidades que buscan volver más eficientes las tareas cotidianas y laborales a pesar de tratarse de una incorporación forzosa a una arquitectura digital programada para hacer capturables cada vez más aspectos de la vida.

Dado que la gubernamentalidad algorítmica se dirige hacia “las múltiples “facetas” heterogéneas, diferenciadas, contextuales, eminentemente cambiantes y parciales” de lo social, Rouvroy y Berns se refieren a la medida básica de esta forma de gubernamentalidad como lo “dividual”, fragmentos que pueden ser contradictorios, descompuestos y recompuestos, flujos que no remiten a una subjetividad o individuo. Esta figura ha sido recuperada durante los últimos años por varios autores (Appadurai, 2016; Bruno y Rodríguez, 2021; Cheney-Lippold, 2011; Lazzarato, 2020; Raunig, 2022) para referir a la dimensión no individual a la que apuntan las biotecnologías y dispositivos digitales.

En este sentido, el escrito de Deleuze de 1990 “Post-scriptum sobre las sociedades de control” ha influenciado profundamente el modo en que este término se incorpora en los estudios sobre medios y nuevas tecnologías. Siguiendo a Lazzarato, la noción de lo dividual apunta por un lado, hacia la molecularización de los componentes a ser modulados, controlados o gobernados, como puede observarse en el funcionamiento de las tecnologías actuales que conducen flujos cognitivos, afectivos y de diversa índole. Por otro, lo dividual refiere a una suerte de vectorización de los objetos de control, que se desustancializan para pasar a ser abordados en su carácter de potenciales, es decir, como un abanico de posibilidades y riesgos a gestionar. En relación con las máquinas, como señalan Bruno y Rodríguez, lo dividual no “se sirve de ellas ni se opone a ellas (como sería el caso del individuo, respetando la división sujeto/objeto), sino que les es adyacente” (Bruno y Rodríguez, 2021: 10).

Así como Lazzarato (2020) y Guattari (2017) hacen alusión a la movilización de semióticas

a-significantes como “modos de semiotización más abstractos que los del lenguaje” (Lazzarato, 2020: 83) que actúan directamente sobre flujos materiales y prescinden de instancias reflexivas o significantes, también Rouvroy y Berns ponen el foco sobre este aspecto. La producción de datos es, para los autores, un trabajo de cancelación de su significado que los vuelve susceptibles al cálculo. Este vaciamiento, así como el carácter fragmentario de los datos, genera según los autores, una ficción de objetividad que descansa en el hecho de que no remiten a ningún sujeto en particular. Como señalan Rouvroy y Berns, “heterogéneos como son, poco intencionados, materiales y mínimamente subjetivos, ¿estos datos no tienen cómo mentir!” (Rouvroy y Berns, 2016: 93).

Son estos procesos los que generan las condiciones de posibilidad para una permanente cesión de datos por parte los usuarios, renuncia que permite afianzar las bases de datos necesarias para el funcionamiento de las tecnologías de aprendizaje maquínico, ya que “cuanto más grande sea la base de datos [...] mejores serán las condiciones para que los algoritmos detecten patrones relevantes” (Bucher, 2018: 25). También la traducción informática de cada vez más porciones de la experiencia vital, el registro de material que solía considerarse de deshecho, amplía las posibilidades de cálculo. Desde las palabras utilizadas hasta los horarios y duraciones de las interacciones en línea, una enorme cantidad de prácticas pasaron a convertirse en un excedente conductual y operan como datos fundamentales para procesos reflexivos de aprendizaje y mejora de los algoritmos privados (Zuboff, 2021).

Estos procesos de aprendizaje se vinculan con lo que Rouvroy y Berns (2016) identifican como el segundo momento de la gubernamentalidad algorítmica, que es aquella instancia en la que emerge el sentido o “saber”. El tratamiento de los datos, también conocido como minería de datos (*datamining*), es un procedimiento de detección de patrones a partir de la aplicación de algoritmos de aprendizaje maquínico en grandes bases de datos. No se trata, entonces, establecer relaciones causales, sino de “descubrir estructuras y relaciones ocultas, diferencias sutiles entre los datos e inferir reglas que permitan la predicción de resultados futuros” (Rouvroy y Berns, 2009: 176). A pesar de no buscarse los fundamentos de las correlaciones, sí se busca generar una predicción, siendo esta la cuestión medular de la epistemología propuesta por esta forma de gubernamentalidad. Basándose en la inducción realizada a partir de las conductas recolectadas y traducidas en la forma de datos, la minería busca patrones y genera modelos para anticipar futuros comportamientos.

Por otro lado, los datos que se extraen son de características muy diversas. En medio de una cantidad de datos inabarcables para el cálculo de una persona, el minado automático extrae elementos que van desde la información personal que dejamos asentada en distintas páginas *web* hasta la frecuencia con la que ponemos que algo nos gusta en una plataforma social o el tiempo que nos detenemos en una noticia (Bucher, 2018). La minería de datos busca detectar patrones asumiendo que estos emanan de manera espontánea de la vida social, y a partir de ellos se generan perfiles de comportamiento para predecir futuros escenarios. Es por ello que se presentan como inmanentes a lo real, “sin pretender aparentemente ninguna tesis sobre ese real, ningún llamado explícito a la pericia, ninguna decisión” (Rouvroy y Berns, 2009: 182). Similar a

la idea de molde autodeformante (Deleuze, 2006) propia de las sociedades de control, según Rouvroy y Berns estamos atendiendo a una forma novedosa en cuanto a la función de la norma. Durante la última etapa que definen los autores se pone en funcionamiento lo elaborado en los dos momentos anteriores, dando lugar a aquello que Costa refiere como “sistemas automáticos de modelización de lo social a partir de comportamientos” (Costa, 2017: 52). En esta instancia se aplican los perfiles (modelos de comportamiento supra-individuales que emergieron de la puesta en relación de múltiples datos) que fueron generados a partir de las huellas dispersas dejadas por los usuarios (datos infra-individuales que no hacen alusión al sujeto como un todo indivisible). En otras palabras, se trata del momento en que se efectivizan los procesos de normalización, de “aplicación de la norma a los comportamientos individuales” (Rouvroy y Berns, 2016: 95). Aún más, como señala Costa, “el uso de estos saberes probabilísticos estadísticos tiene la finalidad de *anticipar, predecir*, y en definitiva *inducir* comportamientos de individuos y/o de grupos remitiéndolos a perfiles delineados sobre la base de las correlaciones que surgieron del proceso de minería de datos” (2017: 54).

Las plataformas que utilizamos, desde *Google* hasta *Instagram* o *Waze*, venden una mercancía muy particular: los insumos para producir perfiles algorítmicos que se adjudicarán a los diferentes usuarios con el fin de gestionar la distribución de contenidos y garantizar una llegada eficaz de la información pertinente. De esta manera, si bien los procesos de servidumbre maquínica actúan sobre líneas desterritorializadas, una vida info-molecular desorganizada, rastros de nuestros movimientos y recortes cognitivos, estos son de manera complementaria encerrados “en un mundo hecho de algoritmos, cifras, códigos, ceros y unos, bits” (Sacchi, 2019: 663), encauzados así en procesos de normalización.

Los primeros años de la masificación de *Internet* trajeron aparejados expectativas de inclusión, un ideal democratizador e igualitarista no sólo basado en especulaciones, sino en prácticas efectivas marcadas por el anonimato y la experimentación que foros y medios alternativos alojaron de forma novedosa. Esto ciertamente no implica que las formas de opresión atravesadas por variables como clase, raza o género hayan sido en ese entonces definitivamente superadas. Por el contrario, a pesar de la práctica del anonimato sobre la que se montó el uso de *Internet* durante los años noventa, resultaba posible para cualquier usuario intuir los modos de sujeción identitaria que se escondían detrás de tal o cual *nick*. Ahora bien, el uso de técnicas de *machine learning* permitió automatizar, profundizar y también transformar estos procesos. Ya no resulta necesario que un agente humano deduzca mi edad o color de piel a partir de la forma en la que escribo o las actividades que realizo, sino que serán los algoritmos de aprendizaje maquínico los encargados de gestionar, incitar y reforzar roles y conductas, es decir, de distribuir el poder.

SUJECCIÓN SOCIAL EN REDES SOCIALES

Los perfiles que se nos otorgan a modo de identidad algorítmica se organizan de manera asignificante, pero esta dinámica dialoga, estructura e incentiva de manera permanente prácticas sociales que refuerzan componentes identitarios apelando a gramáticas significantes y representacionales. Retomando a Tiziana Terranova (2022), si bien la introducción de la noción de información a comienzos de la segunda mitad del siglo XX requiere un alejamiento de los “enfoques exclusivos en el significado y la representación como las únicas dimensiones políticas de la cultura” (Terranova, 2022: 31), como resalta la propia autora esto no implica que estos últimos deban ser descartados. Por el contrario, en los términos de Lazzarato, se trata de una relación de complementariedad que debe ser atendida en sus múltiples facetas.

De este modo, los procesos descritos en el apartado anterior se traducen en una experiencia de los entornos digitales fuertemente marcada por una segmentación del acceso a contenidos. Este se encuentra atravesado de manera progresiva por el uso de plataformas digitales, especialmente de redes sociales, que adquieren la función de mediar y orientar la navegación en una red que resulta inabarcable para la capacidad humana². Si bien los perfiles algorítmicos se articulan en función de un sujeto desterritorializado, estos incitan al mismo tiempo la participación activa de los usuarios que son conminados a expresar sus opiniones y construir sus perfiles personales. Estos últimos, a pesar de diseñarse como una unidad coherente, pueden ser descompuestos e incorporados al circuito de gestión algorítmica. Al funcionar como insumos, la participación de los usuarios es constantemente incitada y provoca cambios profundos en la experiencia subjetiva.

Si la primera etapa de la gubernamentalidad algorítmica tiene que ver con la data-vigilancia, esta resulta entonces indispensable para poner en marcha su funcionamiento. Al tener como uno de sus principales objetivos recolectar datos, los entornos digitales se han dispuesto de manera tal que incitan a los usuarios de forma constante a participar y compartir información sobre ellos mismos, de manera más o menos consciente, con una amenaza permanente de quedar afuera de circuitos sociales, el acceso a la información o a facilidades cada vez más indispensables para el trabajo diario. “Alimentar” el algoritmo se ha vuelto un ejercicio indispensable para recibir las notificaciones deseadas y las cuentas de *Gmail* para organizar las tareas laborales.

Sin embargo, tal como observaba Foucault (2012) hacia la década del '80 y también Deleuze (2006) hacia 1990, las técnicas de control tienden de manera progresiva a ser introyectadas. Los entornos digitales y especialmente las redes sociales, se han transformado en la actualidad en plataformas de visibilización y valorización de los sujetos. Un arco amplio que abarca desde niños y adolescentes hasta trabajadores de la cultura y profesionales de la salud asume la forma del empresario de sí que es incorporada a cada vez más ámbitos de la vida social.

² Cabe destacar que las redes sociales más utilizadas, es decir, Facebook, Twitter, Whatsapp, Instagram y Tik Tok, son, en rigor, plataformas de publicidad. Como señala Srnicek, en empresas como Facebook “los usuarios son trabajadores no asalariados que producen bienes (datos y contenidos) que son así tomados y vendidos por las compañías a los anunciantes y otros interesados” (Srnicek, 2018: 53).

Esta figura, como analizó Foucault (2012), expresa la consolidación de la empresa como paradigma del capitalismo contemporáneo. Según el francés, con los trabajos de los economistas neoliberales la idoneidad del trabajador (antes indisociable del mismo) comienza a ser comprendida como una máquina que produce flujos de ingresos. De este modo, la fuerza de trabajo en lugar de venderse a un precio de mercado, se configura como un capital-idoneidad que recibe una renta-salario, dando lugar a la figura del empresario de sí mismo propia de la teoría del capital humano: un modelo que supone que cada uno es su propio capital, productor y fuente de ingresos. Al mismo tiempo, los economistas neoliberales proponen aplicar una grilla de inteligibilidad económica a una serie de comportamientos no económicos: un principio de desciframiento vinculado a la forma económica del mercado sobre las relaciones sociales y los comportamientos individuales.

En el contexto digital contemporáneo, algunas características se agregan y otras se exacerban. Los perfiles personales, entendidos en este caso como las páginas en las que cada individuo completa datos y genera una narrativa sobre sí mismo, demandan siempre una coherencia. Esta se expresa en términos estéticos, es decir, como el ejercicio de dar forma a la propia subjetividad. Escribir de una determinada manera, elegir los tonos y enfoques de las imágenes publicadas, son pautas que nos permiten tanto presentarnos como identificar al otro y aplicarle las categorías correspondientes a nuestro entramado cultural. Siguiendo a Groys (2015), podemos reconocer en este tipo de prácticas una suerte de subordinación de la ética a la estética. Como señala el autor, “de pronto, la única manifestación posible del alma era la apariencia de la ropa que usaba una persona, las cosas cotidianas que la rodeaban, los espacios que habitaba” (Groys, 2015: 24). No se trata de una exaltación de la superficie por sobre la profundidad, sino de un devenir forma de la ética que se traduce en un posicionamiento político del sujeto en el campo de la estética.

De este manera, el tipo de contenido que se muestra en redes sociales es objeto de una minuciosa curaduría por parte de los usuarios que asumen una “responsabilidad ética, estética y política por el diseño de sí” (Groys, 2015: 32). Los perfiles son bifrontes, una producción algorítmica y una construcción individual. En ellos, en esta relación, se despliegan los procesos de normalización de la imagen pública que es en sí misma la materia ética. Estos procesos atienden especialmente a demandas de regularidad y serialidad que buscan exorcizar las sospechas sobre experiencias ocultas, sentimientos únicos y personales. Como contrapartida, el interés que un perfil pueda suscitar está estrechamente relacionado con la posibilidad de comprender o decodificar rápidamente qué es lo que ofrece, para lo cual las páginas de presentación deben tener un sentido y una temática orientativa, formalmente estandarizada más allá de los contenidos. Los motivos pueden ir desde la selección y recomendación de restaurantes o bares de moda hasta un mensaje claro sobre el estilo de vida (de allí la proliferación de cuentas vinculadas al “*lifestyle*”) o la inclinación personal en términos políticos y sociales. Esta degradación de la función de los contenidos y la consecuente exaltación de las dimensiones formales no es ajena a la propia dinámica informacional.

Como señalamos anteriormente en cuanto a los cambios en los modos de concebir los

procesos comunicativos a partir de la cibernética, nos encontramos ante un movimiento que desplaza el ámbito discursivo del lugar hegemónico en el que se dirime lo político. La noción de información como agente que movilizó una profunda transformación epistémica supone, efectivamente, la igualación de porciones de textos o imágenes que se distribuyen y circulan a través de criterios de efectividad externas al sentido. En su lugar, la recepción de imágenes (y textos) en línea, y especialmente en redes sociales, se encuentra cada vez más cargada de elementos afectivos e incitaciones cognitivas que, retomando las palabras de Groy, disponen el campo del estética como espacio privilegiado para la disputa política.

Si bien Hito Steyerl refiere a las imágenes que se desplazan en redes como “imágenes pobres” (Steyerl, 2014), aquellos recortes de código de baja resolución que tienen alta capacidad de dispersión, es posible trazar ciertas distinciones al interior de esta categoría. Así como no todas las imágenes que circulan en línea tienen los mismos niveles de resolución, tampoco todas logran acomodarse a los criterios estéticos dominantes en términos de paletas de colores, enfoques, armonías. Las imágenes con mayor alcance son aquellas que de manera intuitiva se adaptan a la mirada del hombre blanco occidental, cuya capacidad para imponer criterios estéticos continúa siendo hegemónica. Es esta mirada la que orienta la estética digital y genera los índices de confianza que incorporamos a la hora de sopesar la confiabilidad de un perfil o página web.

En este sentido, y como hemos desarrollado, la visibilidad en las redes sociales se organiza a través de los sistemas de correlación de datos y sistemas de recomendación, pero estos están enlazados también con criterios de ponderación de usuarios, que privilegian a los perfiles activos y populares. Para cumplir con estos requisitos básicos, los usuarios deben salir a la caza de seguidores y mantener una actividad sostenida para que sus contenidos sorteen los criterios de selección que le permitan “aparecer” en el *feed* de sus seguidores. Es así que herramientas como el “me gusta” y la cantidad de seguidores se proponen como cuantificadores de popularidad que han profundizado y extendido al espacio cotidiano una lógica mercantil sobre el propio cuerpo, la imagen y los estilos de vida.

Siguiendo a Taina Bucher (2018), la referida visibilidad en las redes sociales se vuelve un bien escaso. Invertiendo la lógica panóptica descrita por Foucault, la autora sostiene que la dinámica del *feed* genera un temor a la invisibilidad en lugar de representar una amenaza constante de vigilancia. Este aspecto resulta interesante ya que, mientras la visibilidad gestionada a través de la servidumbre maquínica se traduce en una datavigilancia ubicua, la racionalidad propia de la sujeción social convierte esa misma visibilidad en un privilegio que motoriza la exposición. Sin embargo, esta inversión del diagrama panóptico no implica, según Bucher, un abandono del aspecto disciplinario, dado que el castigo es una parte fundamental del dispositivo. La baja participación se transforma de manera automática en una ausencia de exposición en el *feed*, mientras que el mayor o menor ajuste de los contenidos a los diferentes criterios impulsados por la plataforma modula el sistema de privilegios y castigos. En la actualidad, los algoritmos de redes sociales en líneas generales otorgan preeminencia a las transmisiones en vivo, a los videos por sobre las fotos, a los posteos que incorporan dinámicas interactivas y a las noticias subidas por usuarios que participan de manera regular.

Esta compleja dinámica que alimenta y se monta sobre la recolección y procesamiento de datos, demanda una rigurosa atención por parte de quienes desean hacerse un lugar en el espacio en línea y, como fue señalado, representa en muchos casos una forma del *currículum vitae* que, con algo de suerte, abrirá las puertas a ofertas laborales, reconocimiento social, etc. Al mismo tiempo, este uso de las redes sociales se encuentra estrechamente vinculado con los procesos de precarización de la vida propios del neoliberalismo contemporáneo. Recordando, una vez más, la figura del empresario de sí analizada por Foucault, cabe destacar que se configura en el marco de una serie de políticas que promueven un corrimiento del Estado social y su función de garante de derechos como el empleo y la salud.

Este contexto ejerce una presión sobre los trabajadores que se vuelca en parte sobre una auto-gestión digital bajo la tutela de diferentes corporaciones que prometen recompensas para quienes posean el entusiasmo y la resiliencia suficientes. Se trata, en definitiva, de una modulación de los modos contemporáneos de gestión de la precariedad (Barrionuevo y Torrano, 2018) a partir de los cuales los sujetos absorben de manera individual la responsabilidad por su pasado, presente y futuro. La noción de “entusiasmo” utilizada por Remedios Zafra (2019) para analizar el trabajo creativo y precarizado en la era digital nos permite profundizar en este aspecto. Siguiendo a la autora, podríamos decir que las redes sociales empujan a los usuarios a adoptar un “entusiasmo inducido” en detrimento de un “entusiasmo íntimo”. El “entusiasmo íntimo” se vincula, según Zafra, con una potencia creadora y una alegría que se desprende de un deseo genuino que requiere de espacio y tiempo. Ahora bien, si el entusiasmo es para la autora una señal de época, es sólo en tanto que fue apropiado por la cultura de mercado, tratándose así de un “entusiasmo inducido” (Zafra, 2019: 31). En palabras de Zafra:

Movidos por la mercadotecnia de los tiempos, el esfuerzo se concentra en la piel que son los nombres y es la imagen, la portada de las cosas; apenas rascar con la uña frente al ahondar en una cueva que ensucia, requiere tiempo y a menudo inquieta. Así, pareciera que lo que se pone en juego en la cultura entusiasta y excedentaria de internet son los nombres propios, los productos últimos reducidos a los nombres (Zafra, 2019: 33).

Mientras el mercado capitalista hace de los sujetos unidades empresariales que deben invertir en sí mismas, el tiempo debe ser utilizado para capitalizarse y las redes sociales se convierten en espacios privilegiados para lograr visibilidad. El esfuerzo y la sobreexigencia se sortean con formas precarias de entusiasmo que permiten mantener el ritmo con una expectativa de reconocimiento tanto social como económico. Este puede estar ubicado en un tiempo futuro o en el momento presente, aunque siempre ante el riesgo de ser perdido. Este “entusiasmo inducido” que disfraza largas horas de trabajo (en su mayoría no pago) forma parte de modos de subjetivación neoliberales que, en muchos casos, tienen como contracara altos niveles de competencia y frustración.

En relación con esto último, Clarisa Leonard (2021) analiza los vínculos entre las subjetividades odiantes y el alineamiento con la norma empresarial-competitiva, relaciones que los contextos de gestión algorítmica tienden a amplificar. Ya sea como el reverso del éxito, como

una reacción ante la imposibilidad de alcanzarlo, o en tanto deriva del miedo como afecto provocado por las condiciones de vida neoliberales, “las subjetividades neoliberales, “alegres-exitosas” o “tristes-fracasadas” -pero igual de competitivas, beligerantes y agresivas-, antes que odiar por temor, desean, temen/esperan, aman y odian con relación a la norma empresarial” (Leonard, 2021: 152). Sobre este fondo, las figuraciones que se condensan como objeto de odio son las subjetividades no-empresarializadas atravesadas por el racismo, la misoginia, el homo-odio y xeno-odio propios de la matriz de poder contemporánea (Leonard, 2021).

Como señalan Barrionuevo y Torrano, “si bien pareciera que estamos hablando de personas y opiniones, ámbitos exclusivos de la sujeción social, esta estrategia política es incomprensible si no atendemos al medio técnico en el que se realiza y su capacidad de traducir todo a un problema de códigos” (2018: 44). El aprendizaje maquínico abocado a maximizar *clicks* es una técnica dedicada reproducir sentidos comunes, que en lugar de abrir espacios de incertidumbre busca perfeccionar la detección de asociaciones seguras entre mensajes y receptores. Pero no se trata sólo de la amplificación de lo dado, sino de la incidencia que este uso del aprendizaje maquínico tiene en la configuración de campos de resonancia, recortando y gestionando conexiones de acuerdo a imperativos del mercado. Así, los problemas vinculados a la desinformación, la proliferación de los discursos de odio, así como la reproducción de contenidos sexistas, clasistas o xenófobos, no son más que emergentes naturales del procesamiento algorítmico orientado por intereses económicos.

CONCLUSIONES

El presente artículo ha tenido como objetivo presentar y poner en funcionamiento un marco analítico ajustado al estudio de los procesos de subjetivación y dispositivos de poder biopolíticos propios de los medios digitales y, más específicamente, de las redes sociales. Se buscó identificar tanto las estrategias de individualización como las de desindividualización que forman parte de los procesos de subjetivación contemporáneos y las diferentes formas de gestión que se dirigen hacia ellos. Los conceptos de sujeción social y servidumbre maquínica fueron desarrollados por su capacidad heurística para dar cuenta de las complejidades propias de los modos de gestión de la vida contemporáneos. Incorporar estas herramientas conceptuales al estudio de las redes sociales permite analizarlas teniendo en cuenta la multiplicidad y heterogeneidad de las operaciones que se ponen en juego en lo que refiere a procesos de subjetivación, modos de gobierno y estrategias de extracción de valor.

Es en el carácter indisociable de estos dos procesos, sujeción social y servidumbre maquínica, donde reside la efectividad de los efectos normativos que se producen. La creación de perfiles involucra tanto a los usuarios individuales que son interpelados como sujetos éticos y políticos, como a agregados estadísticos que permiten gestionar contenidos dando lugar, finalmente, a una sofisticada arquitectura digital. La distribución algorítmica de lugares, roles y sentidos se produce a través del recorte y la conjunción de flujos informáticos, afectivos y cognitivos que no sólo refuerza el estado actual de una sociedad profundamente desigual, sino

que intercede y orienta los posibles devenires en función de intereses económicos. La legitimidad de estas técnicas no parece disminuir a pesar de las múltiples críticas que han recibido en los últimos años y el evidente riesgo que suponen para la convivencia democrática.

La proliferación de los discursos de odio es un efecto esperable de la racionalidad inherente al aprendizaje maquínico utilizado por redes sociales, como también lo es la obsesión con la imagen propia, la dismorfia corporal y la insatisfacción permanente en los distintos ámbitos de la vida. En estos emergentes se observa la profunda imbricación entre las tecnologías digitales contemporáneas y los modos de gobierno neoliberales de carácter biopolítico. Si, como señala Groys, la ética se despliega en el terreno estético del diseño de sí, las redes sociales intervienen de manera directa en el modo en que los cuerpos y las subjetividades son sometidos a los procesos de normalización algorítmica. Como se señaló al inicio, los debates en torno a los impactos de las tecnologías digitales son extensos y conforman un campo de estudios en constante renovación. También desde el arte y los activismos se han ensayado prácticas críticas frente a la masificación de dispositivos móviles y tecnologías algorítmicas. La insistencia en ellas tal vez pueda ser una de las herramientas para articular estrategias interdisciplinarias de crítica y acción colectivas.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Appadurai, A. (2016). The wealth of individuals. En B. Lee, R. Martin (Eds.) *Derivatives and the wealth of societies* (pp. 17-36). University of Chicago Press.

Barrionuevo, L. y Torrano, A. (2018) Las subjetividades del control: servidumbre maquínica, precariedad y gestión del miedo. *Barda*, 6 (4), 36-50.

Bellanova, R. (2017). Digital, politics, and algorithms: Governing digital data through the lens of data protection. *European Journal of Social Theory*, 20(3), 329–347.

Berardi, F. (2010). *Generación Post-Alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Tinta Limón.

Berti, A. (2022) *Nanofundios. Crítica de la cultura algorítmica*. Editorial Universidad Nacional de Córdoba; La Cebra.

Bruno, F. y Rodríguez, P. M. (2021). The dividual: Digital Practices and Biotechnologies. *Theory, Culture and Society*, 0(0), 1–24.

Bucher, T. (2018). *If...Then. Algorithmic Power and Politics*. Oxford University Press.

Castells, M. (1999). *La sociedad red Vol.1. La era de la información. Economía sociedad y cultura*. Fondo de Cultura Económica.

Cheney-Lippold, J. (2011). A New Algorithmic Identity: Soft Biopolitics and the Modulation of Control. *Theory, Culture and Society*, 28(6), 164-181.

- Cheney-Lippold, J. (2017). *We Are Data: Algorithms and the Making of Our Digital Selves*. NYU Press.
- Cooper, R. (2020). Pastoral Power and Algorithmic Governmentality. *Theory, Culture & Society*, 37(1), 29–52.
- Costa, F. (2012). Biopolítica informacional. Apuntes sobre el gobierno de los públicos en las sociedades de control. *Espacios*. Nueva serie, (7), 138-153.
- Costa, F. (2017). Omnes et singulatim en el nuevo orden informacional. *Gubernamentalidad algorítmica y vigilancia genética*. *Poliética*, 5(1), 40-73.
- Costa, F. (2021) *Tecnoceno. Algoritmos, biohacker y nuevas formas de vida*. Taurus
- Deleuze, G. (2006). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Polis*, (13). <http://journals.openedition.org/polis/5509>
- Deleuze, G., Guattari, F. (2006). *Mil Mesetas*. Pre-Textos.
- D’Odorico, G. (2020) *Biopolítica para pensar el presente: neoliberalismo y tecnociencia. En Utopías biopolíticas. Actualidad del pensamiento de Michel Foucault*. Godot.
- Foucault, M. (2012a). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2012b). *Nacimiento de la Biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Fuller, M. (ed.). (2008). *Software Studies/a lexicon*. MIT Press.
- Galloway, A. (2006). *Protocol. How control exists after decentralization*. MIT Press.
- Galloway, A. (2012). *The interface effect*. Polity Press.
- Gendler, M. A. (2018). Gubernamentalidad algorítmica, redes sociales y neutralidad de la red. Una relación necesaria. *AVATARES de la comunicación y la cultura*, (15). <https://publicaciones sociales.uba.ar/index.php/avatares/article/view/4888>
- Goffey, A. (2008). “Algorithm” en *Software Studies/a lexicon*. Cambridge: MIT Press.
- Gorriti, J. (2021). Google y la gubernamentalidad algorítmica: datos, relaciones e individualización. *AVATARES de la comunicación y la cultura*, (22). <https://publicaciones sociales.uba.ar/index.php/avatares/article/view/6624/pdf>
- Groys, B. (2015). “La obligación del diseño de sí” en *Volverse público. Las transformaciones del arte en el ágora contemporánea*. Caja Negra.
- Guattari, F. (2017). *La revolución molecular*. Errata Naturae.
- Hacking, I. (2012). *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciecnias de caos*. Gedisa.
- Hallinan, B. y Striplas, T. (2016). “Recommended for you: The Netflix Prize and the production of algorithmic Culture”. En *New Media&Society*, 18(1). DOI: 10.1177/1461444814538646.
- Hayles, K. (1999). *How We Became Post-human. Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*. University of Chicago Press.
- Henman, P. (2020). Governing by algorithms and algorithmic governmentality. Towards machinic judgement. En M. Schuilemburg, y B. Rik (Eds). *The Algorithmic Society. Technology,*

Power, and Knowledge (18-34). Routledge.

Huhtamo, E. Parikka, J. (2011). *Media Archaeology: Approaches, Applications, and Implications*. University of California Press.

Hui Kyong Chun, W. (2011). *Programmed Visions. Software and memory*. MIT Press.

Kitchin, R., Dodge, M. (2011). *Code/Space. Software and everyday life*. MIT Press.

Kittler, F. (1999). *Gramophone, Film, Typewriter*. Stanford University Press.

Lazzarato, M. (2006). Por una redefinición del concepto de biopolítica. *Brumaria*, (7), 71-82.

Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu

Lazzarato, M. (2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Amorrortu

Lazzarato, M. (2017). *Experimental Politics. Work, Welfare, and Creativity in the Neoliberal Age*. MIT Press.

Lazzarato, M. (2019). *Videophilosophy. The perception of time in post-fordism*. Columbia University Press.

Lazzarato, M. (2020). *Signos y máquinas. El capitalismo y la producción de subjetividad*. Enclave.

Mackenzie, A. (2015). "The production of prediction: What does Machine Learning Want?" en *European Journal of Cultural Studies*, 18 pp. 4-5.

Leonard, C. (2021). Neoliberalismo y afectos: un análisis de las subjetividades odiantes en *El Banquete de los Dioses. Revista de Filosofía y Teoría Política contemporáneas*, (9), 137-160.

Mackenzie, A. (2017). *Machine Learners. Archeology of a data practice*. MIT Press.

Manovich, L. (2012). *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación. La imagen en la era digital*. Paidós.

Manovich, L. (2013). *El software toma el mando*. UOC Press.

Parikka, J. (2021). *Una genealogía de los medios*. Caja Negra.

Pasquinelli, M. (2009). "Google's PageRank Algorithm: A Diagram of the Cognitive Capitalism and Rentier of the Commun Intellect", en Konrad Becker and Felix Stalder (eds), *Deep Search: The Politics of Search Beyond Google*, pp. 152-162. Transaction Publishers.

Raunig, G. (2008). *Mil máquinas. Breve filosofía de las máquinas como movimiento social*. Traficantes de Sueños.

Rouvroy, A. (2015). *L'algorithmie n'est pas un système de prédiction mais d'intervention*. Mediapart. www.mediapart.fr

Rouvroy A. y Berns, T. (2009). *Le corps statistique*. *La Pensée et les Hommes*, (74), 273-277.

Rodríguez, P. (2012). *Historia de la información. Del nacimiento de la estadística y la matemática moderna a los medios masivos y las comunidades virtuales*. Capital Intelectual.

Rodríguez, P. (2018). Gubernamentalidad algorítmica. Sobre las formas de subjetivación en la sociedad de los metadatos. *Barda* 4(6), 14-35.

Rodríguez, P. (2019). Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas. *Cactus*.

Rouvroy, A. y Berns, T. (2016). Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Adenda filosófica*, (1), 88-116.

Rouvroy, A y Stiegler, B (2016). The digital regime of truth: from the algorithmic governmentality to a new rule of law. *La Deleuziana*, (3), 6-29.

Sacchi, E. (2019). Vida y servidumbre maquina en las sociedades de control. En: VI Jornadas de Investigación en Humanidades Homenaje a Cecilia Borel. Noviembre, diciembre, 2015. Bahía Blanca, Argentina.

Sadin, E. (2017). La humanidad aumentada. La administración digital del mundo. *Caja Negra*.

Shapiro, S. (2020). Algorithmic Television in the Age of Large-scale Customization. *Television & New Media*, 21(6), 658–663.

Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: *Caja Negra*.

Steyerl, H. (2014). “En defensa de la imagen pobre”, en *Los condenados de la pantalla*, pp.33-48. *Caja Negra*.

Terranova, T. (2022). *Cultura de la red. Información, política y trabajo libre*. Tinta Limón.

Umoja Noble, S. (2018). *Algorithms of Oppression. How Search Engines Reinforce Racism*. New York University Press.

Väliaho, P. (2014). *Biopolitical Screens. Image, Power and the Neoliberal Brain*. MIT Press.

Van Dijk, J. (2019). *La cultura de la conectividad. Una historia crítica de las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Virno, P. (2008). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Colihue.

Wark, M. (2019). *Capital is dead. This something worse?*. Verso.

Zafra, R. (2019). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Anagrama.

Zuboff, S. (2021). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.

SOBRE LA AUTORA

Malena Taboada

male_taboada@hotmail.com

Licenciada en Sociología y maestranda en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es becaria doctoral y profesora de la UBA, investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani y del Área de Comunicación y Cultura de la FLACSO-Argentina, donde co-coordina el Programa de Arte y Tecnología. Se dedica al estudio de las tecnologías digitales y el arte digital.